

«Comenzamos por levantar polvo», decía sentenciosamente Berkeley, «y después nos quejamos de que no podemos ver».

Nube de polvo resulta para muchas personas esa cantidad de palabras, al parecer sinónimas, de desarrollo, desenvolvimiento, evolución, progreso, procesos. No nos quejemos, entonces, de que no podamos ver la radical distinción que existe entre toda esa nube de palabras y esotra de dialéctica, que, no entendida en su original significación frente a las demás, nos volvería invisibles e ininteligibles mil cosas que nos debe interesar ver bien claras y distintas, comenzando por el hegelianismo y terminando por el marxismo.

En el concepto de proceso se encierra, como notas propias, el de un conjunto de pasos frases, estadios (1), extendidos a lo largo del tiempo (2), de modo, no obstante, que entre todos ellos se mantenga una cierta continuidad, unidad, coherencia (3). Cabe un proceso de liquefacción del hielo, porque el agua se puede hallar en varios estados, fases (Gibbs); no se puede hablar de un proceso en la constitución de la circunferencia porque desde siempre y para siempre, so pena de no ser lo que es, tiene de una vez, a la una, todos sus puntos. No es la circunferencia objeto que se haga a trozos, ni tenga estados, parecidos, o proporcionales, a los del agua: sólido, líquido, gaseoso.

Puede, evidentemente, darse un proceso en el conocimiento de un objeto, porque el conocimiento pasa por diversos estados, fases, como la de confuso, distinto, claro, oscuro, adecuado, inadecuado.

Para que haya proceso es, además, necesario que tales fases, pasos, estadios se extiendan a lo largo del tiempo. Hablamos de procesos lentos, de procesos rápidos. Todo proceso implica movimiento, es decir, un tiempo mayor o menor. El proceso de descomposición de los minerales radioactivos de la corteza terrestre va tan despacio que nos permite calcular, aproximadamente, los periodos de constitución de la capa sólida en que nos asentamos. Y uno es el tiempo del proceso de crecimiento del hombre; otro, el de los árboles.

Hace falta, con todo, para que podamos hablar de procesos, que todo ese conjunto de fases, estadios, pasos, extendidos a lo largo de un tiempo mayor o menor, forme una cierta unidad, por continuidad, como en el caso del proceso de crecimiento de un viviente, o por discontinuidad regulada por una ley, como en el caso de la acumulación de plomo en los depósitos de minerales radioactivos, cuya desintegración, es bien sabido, se hace por saltos discontinuos, regidos, con todo, por una sola ley de probabilidad, por una determinada función exponencial.

Pero de proceso a progreso no hay tan sólo una letra o dos de diferencia. No todo proceso es, sin más y necesariamente, progreso. No lo son, evidentemente, los procesos de descomposición, de degeneración, de caída y decadencia, desde las de individuos hasta las de colectividades. Para que un proceso merezca el nombre de progreso, es menester que se prefije un fin, norma, meta, valor, respecto de cual los pasos, estadios, fases puedan presentarse como acercándose a tal meta, o correlativamente, en el caso de retroceso, apartándose de ella. Si, por ejemplo, creemos, acertada o desacertadamente, que la velocidad de traslado de una parte a otra es un valor, estimable en nuestro tipo de civilización, la serie de inventos: coche, tren, auto, avión, por propulsión a chorro, avión cohete... Forman un proceso con progreso, o brevemente, un progreso. Pero, si ese mismo proceso, en sus fases técnicas, lo medimos con el valor, bien estimable también, de tranquilidad, de disfrute del movimiento, tal vez hubiera que dar a tal proceso el título de retroceso.

No siempre, pues, un proceso es progreso (o retroceso). Tan procesos son ir hacia adelante como hacia atrás; pero en el primer caso nos hallamos ante un progreso; en el segundo ante un retroceso.

Desde este fondo de nociones nos resultará ya sencillo atacar la cuestión más honda e interesante: la de fijar la pecu-

liar y distintiva significación de esotras palabras afines: desenvolvimiento, desarrollo, evolución, dialéctica.

Estas cuatro palabras, y otras a ellas parecidas, se refieren, en rigor de expresión, a la forma, manera, estilo intrínseco del proceso y del progreso. Se progresa (o retrocede) por desarrollo (o arrollamiento), por desplegamiento (o plegamiento), por evolución (o por involución), por dialéctica (o por lética o lógica).

El resorte de nuestros relojes está sometido a un proceso, que es a la vez progreso—puesto que las fases y pasos de su proceso sirven para medir las horas, para el valor «oportunidad», puntualidad—; pero tal progreso y proceso se alcanzan por simple desarrollo de lo que comenzó estando arrollado. Mas para que esta palabra no se quede en su presentación intuitiva, que es uno de tantos casos de desarrollo, diremos, poniéndonos un poco más técnicos y serios, que en el progreso y proceso por desarrollo tiene lugar únicamente un cambio de energía potencial a actual, de manera, sin embargo, que el valor total, la suma total de ambas energías, se mantenga constante. Es decir: en un desarrollo se cumple la ley de conservación de la energía, dentro del sistema considerado—en nuestro caso en el reloj de bolsillo.

El mundo físico parece seguir una forma de proceso y de progreso de este estilo, puesto que en él vale, al decir de casi todos los físicos, la ley de conservación de masa-energía (Einstein).

Dos y uno dan tres; uno y uno y uno dan tres; uno y dos dan tres también. Ese proceso de descomposiciones diferentes del tres se verifica por desarrollo, pues siempre se conserva la misma cantidad total: tres. Así que la conservación del todo no impide en semejante caso un cierto movimiento, real o ideal, de los componentes, que, sin embargo, tienen que estar sometidos a esa condición, un poco fijadora y antiprocesal, de conservación del valor total.

En los tiempos de predominio de la concepción mecánica del universo, allá por los finales del siglo xvii, casi durante todo el xviii, y buena parte del xix, la categoría de proceso y progreso por desarrollo fue la preferida por todos: igual por Newton que por Laplace, que por el bueno de Spencer. Y no saldremos de mecánica, de estática y dinámica, sociales o biológicas. Por eso, si fuésemos a apurar las cosas, no habría que denominar a las teorías de un Laplace (sobre el sistema solar, o astronómico), a las de un Darwin (sobre origen de las especies y del hombre), a las de Spencer (sobre vida, social o no) evolucionismo, sino simplemente desarrollismo. Evolucionismo mecanicista suele denomi-

nárselo a veces, intentando, piadosamente, con el adjetivo corregir el sustantivo.

No es difícil ver que en una explicación del universo, viviente o no, hecha bajo el dominio de la categoría de «desarrollo», nada original, imprevisible, creador, puede acontecer. Desarrollismo y determinismo van a la una, o son una misma cosa. Y desarrollismo resultará incompatible con evolución, mucho más con las revoluciones que lo sean de verdad, de vida, a vida o a muerte. De ahí las divergencias, radicales e insalvables, entre Spencer y Marx, Darwin y Lenin, Laplace y Stalin. Desarrollismo sin creación, frente a evolución creadora, y, si para ello es preciso, revolución contra desarrollismo, como paso inicial para evolución creadora.

Claro que cuando, en un orden cualquiera, las cosas progresan, y dése al término lo que le es debido según la anterior fijación de su concepto, habrá que mirar muy bien si conviene o no a la naturaleza de las cosas –políticas, sociales, económicas, religiosas...– cambiar el tipo de proceso: de progreso por desarrollo a progreso por evolución. Sazón y razón no siempre van a la par, y tener razón no trae sin más la sazón para realizar la razón. Y perdónese me este casi juego de palabras, que no lo es, sino jugar con fuego.

Dejemos por asentado que el tipo de proceso que se verifica por desarrollo es particularmente propio de las cosas físicas, inanimadas; y servirse de tal tipo como de modelo para la explicación del universo dará lugar a lo que técnicamente se llama «evolucionismo mecanicista» o mecanicismo integral. Advirtamos que en el mundo actual nadie sostiene tal modelo de explicación del universo, ni siquiera los que admiten, o padecen, el título de materialistas.

No faltan físicos, y no de los enanos y epígonos, que discutan la validez del principio de conservación. Así N. Bohr, y basta con este nombre.

Pero desarrollo no es lo mismo que desenvolvimiento, aun que ambos sean procesos. Desenvolvemos o desplegamos una cosa para que se vea, patentemente, lo que ya era. Desplegamos una gran energía, quiere decir: hacemos ostentación, damos a ver y a hablar, lo que tenemos por dentro, recogido, oculto, latente. Se puede proceder con desenvoltura en un asunto, con soltura, sin encogimiento. Lo único, pues, que en el desenvolvimiento o despliegue sucede, como propio, se reduce a una ostentación, manifestación, publicidad de lo que una cosa es en

si, en privado, en secreto. Digamos que desenvolvimiento es proceso de ostentación, progreso por manifestación.

Desde un despliegue de fuerzas, hasta un despliegue de erudición, todo cabe dentro de la rúbrica general de desenvolvimiento, de fases y pasos de ostentación, término a que moderadamente sustituimos, para distintivo del cuerpo filosófico, el de fenomenológico.

Pues bien: hay que ir un poco lejos en la historia para hallar un buen ejemplo de explicación del proceso del universo según este modelo de desenvolvimiento o despliegue. Hay que llegarse a los griegos. Careciendo como carecieron de la noción, o como quiera llamársela, de creación de la nada, en última instancia nada tampoco pasaba en el universo. Todo estaba hecho desde siempre y para siempre: lo mismo la materia que las ideas. Lo único nuevo que en él sucedía quedaba reducido a apariciones, apariencias nuevas, aparentes, visiones, fantasmas. La luz, ese ente raro que hace aparecer todas las cosas en lo que ya «eran», que destaca sus distintivos, sus contornos o definiciones y límites, que hace que la vista vea –y discretamente lo hace sin acción o impresión notable o brutal–, ente que cual atmósfera nos rodea y envuelve en la que las cosas respiran ideas, como el pulmón vive del aire, tenía asignada en la mentalidad griega una bien determinada función: hacer aparecer, fenomenizar todo. Y este proceso, y sus fases o pasos de aurora a ocaso, era el único posible en un universo en que todo estaba hecho en el orden del ser.

Proceso de desenvolvimiento luminoso del universo. Y con pequeños matices de diferencia, tal será la teoría del proceso cósmico que hallemos en Hesíodo, Heráclito, Parménides, Platón, Aristóteles y aun Plotino.

La palabra que en griego clásico designa nuestro término de «verdad» significa etimológicamente «desvelar»; quitar velos, descubrir, desenvolver.

La serenidad que, en conjunto, destila y presenta casi ostentadamente toda la concepción griega del universo, la luminosa superficialidad con que toman problemas que posteriormente adquirirán resonancias tremebundas, angustias asfixiantes, temor temblor sobrenaturales, proviene, en su fondo, del convencimiento vital, origen del intelectivo, de que todo ha pasado ya en el mundo, que nada se crea ni aniquila, que lo único, aún posible y acaecible, se reduce a una ostentación, desenvolvimiento, desvelación de lo que ya las cosas son.

Proceso por desenvolvimiento. Drama teatral en diversos actos, a contemplar sin mayores sobresaltos.

Superficie se dice en griego «epifaneia»: epifanía, manifestación a plena luz. La tercera dimensión recibe el nombre de «esteréon», con la doble significación de sólido y de privado de luz. La profundidad se paga con oscuridad. La luminosidad se paga en o con superficialidad.

Tanto para Platón como para Aristóteles el proceso o génesis del mundo se reducía a progresiva ostentación de las ideas en la materia, o porque la materia las imitaba, reflejaba, participaba, o porque las ideas hacían de forma configuradora de la materia.

En total, que nada tremebundo, original, creador, nuevo, imprevisible, catastrófico, sucedía ni podía suceder en el mundo, ni en el natural ni en el humano.

No creo que queden ya en nuestro mundo partidarios ni de un proceso por desarrollo, estilo mecánico, ni de un proceso por desenvolvimiento, por pura ostentación de lo que ya se «era».

Tenemos la impresión de que algo grande, tremebundo, original, nuevo ha pasado, pasa y pasará en el mundo, natural y humano. ¿Qué tipo de proceso convendrá a semejante impresión global, inmediata?

El de proceso por evolución y por dialéctica.

Pero de ellos, y a fin de hacerles la reverencia debida, hablaremos en otro artículo.